

Opinión

La (contradictoria) reducción lafarguiana de la jornada de trabajo



Raúl C. Cancio Fernández

El pasado 4 de febrero, el Consejo de Ministros aprobó, a propuesta del Ministerio de Trabajo y Economía Social, el Anteproyecto de Ley para la reducción de la duración máxima de la jornada ordinaria de trabajo, el registro de jornada y el derecho a la desconexión, que permitirá la reducción de la máxima ordinaria de trabajo a treinta y siete horas y media semanales de trabajo efectivo de promedio en cómputo anual.

No son, sin embargo, los aspectos técnicos-jurídicos de la propuesta legislativa ni los efectos o desarrollo normativo de aquella sobre lo que me gustaría detenerme en estas líneas, sino la etiología de una reforma que no hace sino confirmar la profunda transformación que viene sufriendo la izquierda postindustrial en cuestiones esenciales de su tradicional discurso político y moral.

La mitificación de la “cultura proletaria”, ese weberiano y protestante “culto al trabajo” bajo el imperativo de la industrialización a ultranza concebida como un “gran salto adelante” para el que no había que reparar en costes humanos (“La obligación de trabajar alcanza su más alto grado de intensidad durante la transición del capitalismo al socialismo [...] Los desertores del trabajo deberán ser incorporados a batallones disciplinarios enviados a campos de concentración”, Trosky, 1920), no se compadece en absoluto con esta posmoderna pretensión de alienar quirúrgicamente vida y trabajo, situando el derecho a la desconexión como elemento irrenunciable y hasta profiláctico, en un ejercicio disociativo que necesariamente nos hace pensar en la distópica organización del trabajo de la televisiva compañía Lumon.

Salvo que, como certeramente sostiene Cristina Losada, profunda conocedora del pensamiento troskista, consideremos que el comunismo de hogar e impulsor de esta reforma, bebe más de la doctrina laboral lafarguiana que de la marxista.

Y es que esta pretensión legislativa de reducir la jornada de trabajo no puede desligarse de la irresistible sacralización social del *carpe diem* y que, en términos morales, supone primar el ocio sobre el trabajo, cuya única utilidad sería su capacidad para prolongar el asueto. Las generaciones más jóvenes, ante la inflación y la incertidumbre, agobiados por los gastos no

discrecionales -energía, alimentación, transporte, hipotecas, alquileres- reducen necesariamente las partidas de gasto destinadas a esos conceptos, pero se premian con expensas discrecionales menores en bares y restaurantes, conciertos o turismo. Frente a esa cada vez menor capacidad adquisitiva, la población joven ha optado por modificar sus hábitos de consumo. Para esta sociedad del ocio, consumir entretenimiento es una manera de acopiar tiempo libre y de acumular felicidad, fungiendo como su nuevo *welfare*. Si las jornadas laborales y las responsabilidades reducen cada vez más su tiempo libre, el ocio se constituye de esta manera como vía de escape de la obligación.

Ocio

Volvamos a Lafargue. Para el joven cubano, socialismo y comunismo deberían asegurar, ante todo, el “derecho a la pereza” que es, a su vez, la clave por la que el hombre ha conquistado y puede alcanzar la posibilidad del ocio, en el cual germinan todas sus dignidades racionales: la ciencia, el arte, el derecho o la política. Lafargue consideraba que nunca se había trabajado tanto y a un ritmo tan suicida como cuando las lanzaderas se pusieron a tejer solas. No debe sorprender, por tanto, que su futuro suegro le reprochara su escasa ética laboral en la célebre epístola de 1863: “La mera observación me ha convencido de que usted no es muy trabajador por naturaleza, a pesar de la actividad febril y espasmódica y las buenas intenciones que muestra. En estas circunstancias, necesitará apoyo externo si quiere salir a la vida con mi hija”. Ahora bien, vincular una mayor y benéfica disponibilidad de tiempo libre con la reducción de la jornada es, desde un prisma ideológico y doctrinal, renegar de la tesis marxista que nos enseñó como la disminución de tiempo de trabajo no propicia el fomento del ocio, sino el sostenimiento de la explotación, en la medida en que el modo de producción capitalista es el que verdaderamente dictamina qué es ocio, qué es pereza y qué es trabajo.

En fin, la decisión política de reducir la jornada laboral no es ni buena ni mala, en todo caso, contradictoria con un determinado pensamiento político. Mayor interés tendría, por ejemplo, explicarnos quién es el que realmente va a asumir el coste de la reducción y, especialmente, en virtud de qué título se han arrogado la competencia de decidir normativamente a qué deberíamos dedicar ese remanente temporal.

Letrado del Tribunal Supremo

Perspectivas económicas de Europa en 2025



Jan Jonckheere

2024 ha sido un año particular, con guerras en Extremo Oriente, Ucrania y Medio Oriente que siguen su curso, con problemas políticos en países como Francia, Alemania y Estados Unidos, aunque en este último al menos la situación ha quedado muy clara: vuelve Trump, y parece más poderoso que nunca. La economía de EEUU ha ido como un tren y parece no pararse. Europa está un poco atascada con cifras de crecimiento muy moderadas, pero ya con la inflación bastante bien controlada. Se da la contradicción de que la locomotora de la UE, Alemania, tiene problemas graves tanto económicos como políticos – ya que acaba de caer el gobierno – mientras que los PIGS (recuerden, Portugal, Italia, Grecia y España), que anteriormente recibieron este nombre peyorativo porque sus continuos problemas económicos pusieron de los nervios a los países más nórdicos de la UE que querían más control fiscal, parecen crecer a un buen ritmo, y España es el país que más crece en el mundo occidental. China, por su parte, tiene todavía problemas con las consecuencias de la burbuja inmobiliaria, pero incluso así puede presentar cifras de crecimiento del BNP del 3%-4%, y Rusia no lo hace nada mal teniendo en cuenta que ha convertido su economía en una economía de guerra.

En el estudio de Mario Draghi sobre la competitividad europea insiste en que, si Europa quiere volver a ser competitiva en el mundo, tiene que invertir 800.000 millones de euros cada año durante los próximos años en I+D+i, descarbonización de la industria y seguridad económica. La UE todavía está repartiendo 800.000 millones de euros del Next Generation Fund y la mayoría de los gobiernos ya tienen un déficit importante, mientras que además la OTAN, a través de Trump, exige incrementar los presupuestos en defensa. Todo el mundo en la UE entiende que Draghi tiene razón, pero... ¿De dónde vamos a sacar la pasta? Un reto.

2025 es un año donde muchas cosas dependerán de una sola persona: Donald Trump. Él podría poner fin a las guerras en Ucrania y Medio Oriente beneficiando a Europa, pero habrá que ver a qué precio. Puede exigir un aumento en las contribuciones de los miembros de la OTAN, la mayoría de los cuales son europeos. Su amenaza de incrementar aranceles a productos chinos podría provocar inflación en EEUU y redirigir a China hacia Europa, que favorece comercio libre. También podría aumentar aranceles a productos europeos afectando a nuestras exportaciones. Y existe la posibilidad de que retire a EEUU del acuerdo sobre el cambio climático y fije su atención en instituciones internacionales como la Organización Mundial del Comercio. Seguramente algunas de estas amenazas del futuro presidente Trump finalmente no se puedan realizar por falta de apoyo del Senado norteamericano, pero lo que está claro es que Trump –un hombre de negocios ante todo– mirará primero por sus propios intereses y los de EEUU. Y esto significa que dejará a Europa de lado.

Se trata de un nuevo panorama de incertidumbre para la UE, que tiene su eje (Alemania-Francia) deshabilitado por razones políticas, y con una nueva Comisión Europea. Ante ello nace la pregunta: ¿Cómo volver a ser competitivos en un momento en el que todo parece ir en contra?

Europa tiene que trabajar, y ya lo está haciendo, en tres grandes frentes: **Primero** en acciones para reducir los efectos de las posibles decisiones de Trump, por ejemplo reforzando otros acuerdos comerciales que tiene en el mundo, como Mercosur; completando el mercado común, especialmente en el sector de los servicios, lo que facilitaría el acceso a inversiones para las empresas en Europa; negociando cuotas y tarifas con EEUU a cambio, quizás, de importar más cantidad de productos americanos, creando un compromiso bilateral que beneficie a ambas partes; trabajando en su propia defensa; o continuado la tarea de la independencia energética; y también estando preparada para un posible impacto económico fuerte en caso de que las cosas se pongan realmente feas, por ejemplo con medidas fiscales y/o financieras. **Segundo**, arrancar el plan de 5 años para mejorar su competitividad, porque retrasarlo sólo haría la diferencia todavía más grande. Y **tercero**, seguir avanzando en temas tan importantes como la transformación digital, la energética y la demográfica.



@costhanzo

Para ello Europa necesita mucha creatividad, para buscar los fondos necesarios, por ejemplo, así como liderazgo y capacidad de negociación para poder convencer a los partidos involucrados, para empezar, los 27 Estados miembros de la UE; y también requiere voluntad política. Como vemos, las expectativas económicas de Europa en 2025 están muy influenciadas por eventos geopolíticos. Pero no solo este año ya que, a fin de cuentas, cualquier acción tiene cierta inercia y, por tanto, las consecuencias de lo que haga Trump probablemente empezarán a notarse en 2026. Eso sí, este año ya tendremos que vivir con la incertidumbre. España continuará al menos unos años más su crecimiento del 2%-3% acompañado por algún país más del Mediterráneo y del Este de Europa, mientras que el resto de la UE tendrá crecimientos más leves. Esto sí, si no hay cambios drásticos en los eventos geopolíticos mencionados. Mecano cantaba entonces: “Y decimos adiós y pedimos a Dios / Que en el año que viene / A ver si en vez de un millón / Pueden ser dos”. Creo que este año deberíamos estar contentos con el millón. Si queremos encontrar el otro millón, tendremos que ponernos las pilas aquí en Europa.

Profesor de OBS Business School